

Textos e imágenes de la exposición en homenaje al embajador don Gilberto Bosques 1892 - 1995¹

Renata Von Hanffstengel



Orígenes

El 20 de julio de 1892, día caluroso y lluvioso, típico para el verano de la tierra caliente del estado de Puebla, nació Gilberto Bosques Saldívar, en el pueblo de Chiautla de Tapia, que el siglo XIX solo contaba con alrededor de mil habitantes.

Su padre, Cornelio Bosques, se dedicaba al comercio, y su familia era de otro pueblo cercano; su madre, hija de una familia acomodada de Chiautla, María de la Paz Saldívar, se dedicaba, como solían decir las actas de matrimonio: “a las tareas propias de su género” —pero solo por una parte—. Debía de haber leído mucho y pensado aún más, para pasar a su hijo las siguientes recomendaciones:

-
1. Los textos de esta exposición —si no se indica de otra forma— fueron elaborados por Renata von Hanffstengel en colaboración con Cecilia Tercero Vasconcelos. El derecho de autor se encuentra registrado. Se permite el uso de los textos solo con permiso por escrito de las autoras.

Piensa todo. Lo que has hecho ayer, lo que haces hoy, y lo que puedes hacer mañana. El pensamiento es lo que un ser distinto a los animales. Lo más importante que puede hacer el hombre es pensar, pensar siempre, pensar todo...

Como para llevar un registro de lo pensado, desde joven Gilberto anotó sus pensamientos en pequeñas hojas o tarjetas que sin duda alguna le servirían como hilo de sus intervenciones como diputado del estado de Puebla y, luego, como base para los textos que publicaba en *El Nacional*, que fundó y dirigió de 1937 a 1938.

Gilberto tenía tres hermanas menores que él; un hermano mayor había sucumbido a alguna de las enfermedades epidémicas que por aquellos años azotaban el campo mexicano. La madre enseñó a sus cuatro hijos en casa, ya que en el pueblo no había ninguna escuela. Su esposo, don Cornelio, era representante viajero de artículos de importación, ya que en el país se requerían muchísimos objetos que no se producían en él. A veces, Gilberto acompañaba a su padre en los viajes. Estos recorridos significaban un aprendizaje importante para el niño: llegar a conocer en detalle la región. Cuando más tarde lo buscaban en su calidad de presidente de la Sociedad de Estudiantes Normalistas de Puebla, por su participación en actos de conspiración de Aquiles Serdán y contra Porfirio Díaz, le fue posible esconderse en la sierra y encontrar buen resguardo con personas que incluso ya lo conocían desde su niñez.

A pesar de carecer de los debidos certificados de escolaridad, después de algunos exámenes fue aceptado como alumno en el Instituto Normalista de Puebla. Pero ya se cernían las nubes de la indignación sobre el país. Ya sea por su propio razonamiento, ya sea por el clima revolucionario que prevalecía en Puebla, ya sea por los antecedentes familiares de un tío guerrillero en el siglo XIX y los gérmenes revolucionarios que desde siempre habían estado latente en el poblado de Chiautla de Tapia, o por el contacto con los demás estudiantes, el hecho es que se lanzó de lleno a los preparativos de derrocar al tirano, con abandono de sus estudios y riesgo de su vida. De hecho, estaba citado para reunirse con Aquiles Serdán justo el día cuando este y su familia fueron masacrados en la propia casa, y solo gracias a la información de un vecino se abstuvo de acudir a la cita.

Después de la renuncia de Porfirio Díaz todo parece en calma, y Gilberto Bosques reanuda sus estudios. Sin embargo, no hay que olvidar que estos son los inicios de una conciencia política en las escuelas

normales que iban a tener una importancia decisiva en la futura vida revolucionaria del país. Incluso en años posteriores, cuando se trata de neutralizar a los normalistas, es más, de abolir las escuelas normales. En todo brote renovador revolucionario en el país figuran valientes profesores normalistas.

Al fin, en octubre de 1914, Gilberto Bosques recibe su título de profesor de educación primaria y superior y obtiene una plaza de ayudante de profesor. ¡Y sobreviene la invasión norteamericana al puerto de Veracruz! Pide permiso en su plaza para ofrecer sus servicios en el combate contra el invasor. Para coordinar las acciones, se reúne con Venustiano Carranza. Este reconoce en él una auténtica vocación revolucionaria y cualidades útiles en la reconstrucción del país, en especial en el área de la educación. Lo envía para coordinar actividades en este sentido al sudeste, a Tabasco, Campeche y Yucatán. Son regiones con una fuerte y radical organización revolucionaria. Ello, sin duda alguna, lo hace radicalizarse aún más. Sin embargo, en estas regiones tropicales contrae paludismo, enfermedad que lo lleva al borde de la muerte. Tiene que regresar al Distrito Federal, donde, como en un típico encuentro inexplicable, un desconocido trae para su curación un “polvito blanco”, como lo relata su hija Laura. Al cabo de tres días, el joven Gilberto estaba perfectamente curado, y, por más que se le pidió al desconocido el secreto de este polvo, no lo divulgó. A continuación, Gilberto Bosques organiza un congreso pedagógico en Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala, para convocar a formular las bases para una nueva educación. Esta obsesión de renovar la sociedad a través de una reforma en el sistema educativo nunca lo abandona.

“La educación en México será laica, gratuita y socialista...”

En la década de los veinte, interviene en los proyectos editoriales de la Secretaría de Educación, al lado de José Vasconcelos. Funda y dirige varias revistas en las que prevalece la difusión de los temas relacionados con la revolución: la educación, la economía, las artes plásticas, la música vanguardista, además de la industria vanguardista y el comercio. En su calidad de diputado constituyente en su estado natal, Puebla, formula el famoso artículo tres de la Constitución.

Además, los diputados constituyentes de Puebla promovieron otro artículo verdaderamente revolucionario que llegaría a ser la base legal de para la Reforma Agraria: el 27. Incluso, Gilberto Bosques ini-

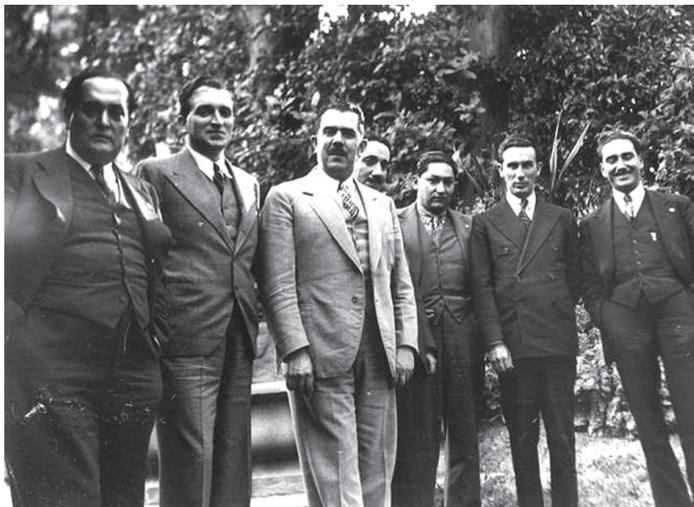


León Trotzki, declarando en el ministerio público despues del 1er contra él. Foto Juan Guzman

cia gestiones para crear el salario mínimo y el reparto de utilidades. Lo hace junto con el llamado “cuarteto de diputados radicales”. Un integrante del “cuarteto” fue el famoso periodista Froylán Manjarrez. En 1922, el combativo diputado Bosques había contraído matrimonio con la hermana de este, María Luisa Manjarrez.

La carrera política de Gilberto Bosques dentro del Partido Nacional Revolucionario fue vertiginosa. Lázaro Cárdenas (1934-1940), al igual que, en su debido momento Venustiano Carranza, había reconocido la extraordinaria capacidad de Gilberto Bosques y lo había atraído como estrecho colaborador desde el inicio de su campaña presidencial. Bosques lo había apoyado con toda su fuerza. Pero ahora una sombra cayó sobre el idealismo y la fe en un nuevo orden: en 1936 hizo campaña en su estado natal para ganar las elecciones para gobernador. El entusiasmo de la población se volcó sobre el conocido revolucionario de primera hora, el legislador para un mejor orden social en favor del pueblo en general. Según afirma su hija Laura, su padre obtuvo el 90% de los votos – pero no así el reconocimiento oficial de esta victoria –. Fue víctima de un mayúsculo fraude electoral obvio y flagrante. Los testimonios históricos no permiten descubrir su reacción más íntima. Solo hay una frase que tal vez exprese su desilusión:

“La verdad no ha de andar en vehículos y patrones oficiales”



Izq. Gilberto
Bosques, centro
Lázaro Cárdenas.

Con gran ahínco se dedica a la formulación y explicación de programas del Partido Nacional Revolucionario (PNR) en su calidad de titular de la Secretaría de Prensa y Propaganda del Comité Ejecutivo del mismo partido y a través de las páginas del periódico oficial *El Nacional*, que dirige. Entre las muchas vicisitudes del escenario político nacional que llenaron las páginas de este órgano oficial se destaca la de la expropiación petrolera el 18 de marzo de 1938.

Es conmovedor el esfuerzo que hace toda la población mexicana para reunir los enormes fondos necesarios para el pago de la indemnización a las compañías expropiadas. Lázaro Cárdenas en persona dirige una carta de agradecimiento al ciudadano Gilberto Bosques por el giro postal con el aporte de 300 pesos; Bosques, además, se compromete a enviar esta cantidad cada mes para el mismo fin. Todo el pueblo de México aportaba dentro de sus posibilidades algo para reunir la enorme cantidad para el pago de la indemnización. De esta forma hizo verdaderamente suya la industria del petróleo, y cualquier intento de privatizarla abiertamente le habría costado su puesto al presidente en turno.

En el escenario europeo...

El primero de marzo de 1933 Hitler inicia su régimen de terror, que se extiende a territorios más allá de las fronteras de Alemania con la

anuencia de los poderes europeos. De 1936 a 1939 España se hunde en un baño de sangre. México parece envuelto en sus propios problemas de reconstrucción y de consolidación interna, pero aun así no deja de observar día tras día el escenario europeo. El entonces secretario de Guerra republicano español, Juan Negrín, se encontró secretamente con el presidente Lázaro Cárdenas en Tampico para obtener un compromiso firme de que México iba a recibir, y que a todos se les iba a pasar por las armas en su patria. Lázaro Cárdenas dio su palabra, y en quien depositó su confianza para cumplirla fue en nadie menos que en Gilberto Bosques. Él estaba bien preparado para iniciar su gestión diplomática en París, a donde arribó el primero de enero de 1939.

El presidente Cárdenas, al enviar a Gilberto Bosques a París como cónsul general, le otorgó vastas facultades para aplicar su criterio en las decisiones que debiera tomar.

La Guerra Civil Española había terminado con la derrota del ejército republicano. El régimen de Franco efectuaba baños de sangre con todos los oponentes, civiles o militares, tanto antes como después del establecimiento de su dictadura.

Los sobrevivientes de los batallones, tanto españoles como de las Brigadas Internacionales, se dirigieron hacia la frontera con Francia, la cual estaba cerrada inicialmente, lo que llevó a la cúspide de la desesperación a los que buscaban salvar su vida internándose en territorio francés. Cárdenas ya se había comprometido a aceptar en México a los combatientes españoles. Para ellos ya existía un marco legal para asilarlos en México, el cual se extendió también a los integrantes de las Brigadas Internacionales que no podían regresar a sus países de origen porque habían sido ocupados en el interin por las tropas de la Alemania fascista. Para empezar, irónicamente, Francia improvisó unos 31 campos de internamiento, dieciséis cárceles y diez hospitales para los extranjeros, en los que incluyó finalmente a mujeres y niños extranjeros residentes desde antes en Francia, y a personas de las más diversas filiaciones políticas, considerando a todos enemigos y criminales.

La historia de estos campos es un capítulo que ensombrece la fama de que gozaba Francia como país libertario, fanal de los derechos humano. Infinitos son los relatos de horror de las condiciones que privaban dentro de estos campos.

Después de la agresión a Francia, este país firma en junio de 1940 un acuerdo de armisticio con Alemania que divide a Francia en dos zonas: la septentrional en zona de ocupación alemana, la llamada

“Francia de Vichy”, dominada por los mariscales Pétain y Laval, y la meridional en una zona “libre”, donde los alemanes también ejercían jurisdicción, pero no la aplicaban como en un país ocupado. En el acuerdo del armisticio, la cláusula más temida y que hacia cundir el pánico entre los antifascistas era la de “entrega por demanda”. Esto quiere decir que, de todos los extranjeros en los campos, Alemania tenía el derecho de exigir la entrega de aquellas personas que eran enemigos del régimen fascista alemán. De hecho, la “Comisión Kundt” recorría campo por campo para ver las listas de los internados para preparar su captura y traslado a Alemania, para una segura muerte. Hay que reconocer que algunos comandantes franceses de los campos permitieron la fuga de algunos de los que podrían ser víctimas de esa entrega. De esta forma se explica la “fuga” del campo Les Milles o Le Vernet de algunos de los miembros del Partido Comunista Alemán: Walter Janka, Paul Merker y otros cuyos nombres quedaron sin registro.

Es inimaginable la zozobra y la angustia que pasaron día y noche las personas, temiendo por su vida, por su seguridad y la de sus seres queridos.

En diarias idas y vueltas, las personas tuvieron que acudir a instancias francesas y a las embajadas extranjeras para obtener los múltiples permisos para salir de Francia, de transitar por otro país, de asilarse en un tercero y obtener, de paso, los pasajes para uno de los pocos barcos que aún se aventuraban a cruzar el Atlántico minado y bajo el asedio de los submarinos alemanes, antes de que se venciera cualquiera de los permisos antes expedidos. Más de uno perdió la esperanza, y no eran raros los casos de suicidio.

En retrospectiva, relata el niño Bruno Schwebel:

Claro que mi papá tenía que enfrentar esta guerra de papeles con máxima prisa, lo mejor que podía. Más de una vez viajamos a Marsella. Me veo parado en largas filas. Algunas veces tuvimos que escondernos en las *razzias* de la policía. Buscaban a gente indocumentada o tal vez también a judíos. Aquel otoño de 1941 dejó en mi memoria las más grandes lagunas, seguramente por el estado de depresión de mis padres.

A partir del 3 de octubre de 1940 se emitieron las primeras leyes que hacían más y más precaria la vida de los judíos en Francia, que culminaron con la captura y deportación de los judíos de Francia hacia los campos de exterminio alemanes. Se calcula que, de la zona ocupada

por el ejército alemán, se deportaron cinco mil judíos hacia los campos de exterminio, y de la zona no ocupada fueron cuatro mil.

¿Es de sorprenderse que más de un solicitante haya recuperado la fe en su futuro y en la humanidad cuando fueron tratados como seres humanos y obtuvieron su visado y su pasaje a México de las manos mismas del embajador Bosques? Él, con sus palabras siempre medidas, expresa su conmoción ante el genocidio en marcha, lo llama “una verdadera crisis de la humanidad”. Lo comunica a su gobierno y lo insta a romper a romper relaciones diplomáticas con Francia. Parece casi como una obsesión. Inicialmente, un rotundo “no” es la respuesta. Gilberto Bosques insiste; de hecho, no mucho después, el gobierno de México lo instruye de entregar una nota diplomática al representante del gobierno de Vichy, en el sentido de romper relaciones con Francia. Es conmovedor el relato de la reacción del gobierno francés, un *monsieur* Lagarde, ante este hecho: Le brotaron lágrimas, porque amaba a México, que había conocido en un largo viaje.

Después de cuatro años de intensa labor de salvar vidas, la sucesión de eventos políticos pusieron fin a esa actividad. En noviembre de 1942 Alemania ocupó toda Francia. El 18 de noviembre, poco tiempo después del rompimiento entre México y el gobierno de Vichy, Bosques y su familia, junto con todos los colaboradores de la embajada, fueron entregados a la Gestapo, a pesar de haber recibido la promesa de poder regresar a México. Fueron llevados a Bad Godesberg el 13 de febrero de 1943, en estancia que iba a extenderse por poco más de un año. Los integrantes de la embajada mexicana y de las representaciones diplomáticas de ocho países latinoamericanos fueron alojados en el hotel Greesen sobre el Rhin.

Para no caer en depresiones, se organizaron eventos culturales para todos los internados, puesto que tenían lengua y raíces en común. Entre un conjunto de conferencias sobresalió la que estuvo a cargo del embajador Bosques quien disertó sobre la reforma agraria emanada de la Revolución Mexicana. Los representantes diplomáticos latinoamericanos seguían las palabras de Bosques con asombro y suma atención, seguramente no sin el temor de que en sus países pudieran darse soluciones igualmente radicales a un problema fundamental de toda América Latina.

La incertidumbre de cuál sería el destino y el final de este cautiverio pesaba sobre los internados. ¿Terminaría al final de la guerra que ya se dibujaba en el horizonte? ¿Cómo iba a afectarlos el caos que sin

duda la derrota de Alemania traería consigo? Se les tenía prácticamente incomunicados en cuanto al curso de la guerra y otros eventos del escenario local e internacional. Gilberto Bosques, su esposa y sus tres hijos, y el personal diplomático mexicano, estuvieron presos en Bad Godesberg del 13 de febrero de 1943 hasta el 18 de febrero de 1944.

Algunas semanas antes de su salida del hotel-prisión, un representante de las autoridades alemanas informó a Gilberto Bosques que su repatriación se había acordado con la Cancillería mexicana, pero que la logística la había transferido a instancias del gobierno de los Estados Unidos.

Se trataba del intercambio de un número de alemanes, predominantemente marineros, internados en el fuerte de Perote, entonces convertido en cárcel.

Los diplomáticos mexicanos viajaron a Biarritz, y de ahí en tren a Lisboa. Ahí les esperaba el barco de bandera sueca, *Grispsholm*, el grupo de alemanes por repatriarse y los heridos de guerra norteamericanos que volvían a su país. Bosques relata que el barco iba completamente iluminado para prevenir ataques aéreos. Menciona la ruta trazada por los alemanes para evitar contacto con las minas en el Atlántico —pero en ningún momento menciona el riesgo que todos corrían a pesar de estas medidas de precaución—. Como siempre logró que su calma y su confianza se transmitieran a los demás, que suficientes motivos tenían para miedos y temores.

En Nueva York, el recibimiento fue cálido y cordial: unas limusinas los llevaron a su hotel, nada menos que el Waldorf Astoria, donde se organizó una recepción festiva en reconocimiento de la ayuda de la legación en Marsella había brindado a muchos que después de que lograron asilarse en los Estados Unidos. Los ferrocarrileros brindaron un carro completamente libre de costo a los diplomáticos mexicanos para su largo recorrido a la ciudad de México. Y largo fue. El tren llegó con ocho horas de retraso a la estación de Buenavista, donde todo este tiempo una multitud de las más diversas nacionalidades había esperado la llegada de su salvador, sus familiares y colaboradores. Los exiliados lo llevaron en andas, echándole “Vivas” en agradecimiento de que estaban vivos y a salvo en México gracias a las gestiones de la embajada de México en Marsella. Por grupos de nacionalidades se organizaron reuniones y comidas en honor de Gilberto Bosques, incluso, por supuesto, por parte de los alemanes.

Después de unos meses, el presidente Manuel Ávila Camacho determinó encargar otra misión diplomática a Gilberto Bosques. Él aceptó el puesto de ministro plenipotenciario en Lisboa. Entre varios factores que hicieron que aceptara este encargo estuvo el hecho de que en este año, 1946, aún seguían huyendo de España personas amenazadas por el régimen franquista. Al cruzar la frontera con Portugal, eran capturadas y entregadas a España a una muerte segura. Gilberto Bosques intentó formular un acuerdo para que esto no continuara, pero ya existía un tratado entre el dictador de Portugal, Salazar, y el de España, que el diplomático mexicano no pudo cambiar a pesar de varios intentos. Entonces, solo quedó el recurso de un acuerdo extraoficial y verbal, un acuerdo de caballeros en el sentido de que cualquier español republicano fugitivo en Portugal obtendría la protección de la legación de México y el embarque a este país. Gilberto Bosques afirma con gran satisfacción que Salazar respetó en todo momento este “pacto de caballeros” y que de esta manera se pudo salvar a un buen número de españoles. A raíz de este acontecimiento y otros que se salen de las usanzas y los reglamentos ordinarios de la diplomacia, Gilberto Bosques anota sus pensamientos y cómo las consideraciones prioritarias siempre deberían ser las humanitarias, y justifican las acciones que se salen del marco acostumbrado.

Al iniciar su gestión como ministro plenipotenciario en Suecia en 1949, pareció que había llegado al fin un tiempo de solaz para Gilberto Bosques. Ahora dirigió su afán más bien a una meta artística y cultural: promover el conocimiento sobre México en estas latitudes, en especial, el arte mexicano, desde el precolombino hasta el del siglo xx. Llevó una vasta exposición a Estocolmo que no solo encontró el más amplio interés en Suecia y más allá de sus fronteras, sino también el muy especial del rey de Suecia, Gustavo Adolfo VI, quien era un arqueólogo consumado y conocedor de varias culturas antiguas del medio oriente. Parece haberse desatado un verdadero vértigo de interés por las cosas de México. El catálogo de la exposición tuvo que reimprimirse varias veces, e incluso así se vendía a precios de usura en el “mercado negro”. Importadores ofrecían todo tipo de artesanías e implementos típicos de México que se vendían hasta la última pieza en un brevísimo lapso. El 17 de septiembre de 1952 el Rey de Suecia otorgó a este extraordinario representante de su país la Gran Cruz de la Orden de la Estrella Polar en el mismo lugar de la exposición. Menciona Gilberto Bosques que, a través de su gestión en Suecia, también

trató de expresar su aprecio por los servicios que esta nación neutral había prestado a México cuando los asuntos mexicanos quedaron en manos de la representación de Suecia en Vichy, por tener que abandonar en calidad de preso sus funciones en Francia, y cuando la Grispsholm llevó a todos a puerto seguro en el viaje de su repatriación a México.

El descanso de los avatares de la vida política no duró para Gilberto Bosques. Prácticamente de un día para otro fue enviado a una misión diplomática en un momento verdaderamente crítico en el Caribe: durante los últimos meses del régimen del dictador Fulgencio Batista en Cuba, en el verano de 1953. Esta misión tenía ciertos antecedentes históricos. No había jefe de la representación diplomática mexicana en la Habana durante casi un año. México había sido reticente en enviar alguno, a pesar de la expresa petición por parte del gobierno de Cuba. Finalmente, el presidente Adolfo Ruíz Cortines accedió a enviar un representante, y Batista, sin fijarse mucho en quién iba a ser, dio su beneplácito. Más de una vez habría de lamentar el no fijarse en los antecedentes de este embajador.

La situación en el momento de la llegada fue bastante delicada. El intercambio de discursos de bienvenida se agotó en lugares comunes para no tocar temas candentes. Batista sabía que opositores a su régimen estaban entrenándose militarmente en México, entre ellos Fidel Castro y el Che Guevara, y quería lograr que el gobierno de México suprimiera estas acciones, lo cual no logró. La embajada mexicana por su lado, aplicaba con expedita eficacia el derecho de asilo a los perseguidos por el régimen cubano, que practicaba sin ambages la tortura contra sus opositores. Si tuvieron suerte, estos alcanzaron las puertas de la embajada para primeros auxilios médicos y un viaje a México para su tratamiento médico más amplio. Si en Francia el embajador Bosques tenía el mecanismo de tomar —y falsificar si fuera necesario— fotografías para pasaportes, también no siempre verídicos en todos sus aspectos, ahora Gilberto Bosques había instalado un servicio médico en su recinto diplomático, trágicamente muy necesario para —igual que en aquellos días en Marsella— salvar vidas. La gestión diplomática de Gilberto Bosques en Cuba duró más de diez años. Se quedó en su puesto después del triunfo de la Revolución y estuvo ahí incluso durante la crisis de los misiles de la Unión Soviética.

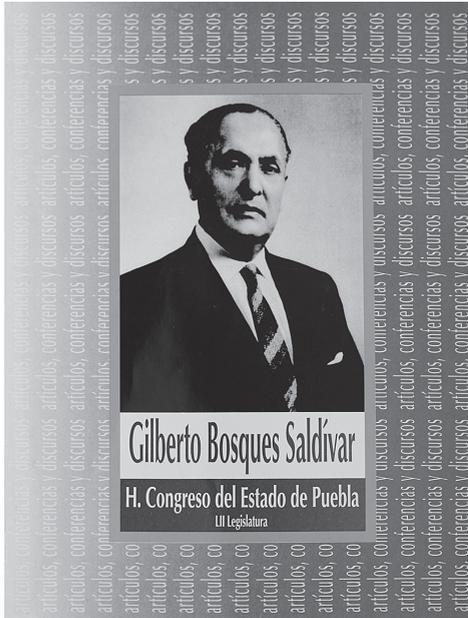
Poco después de su regreso a México en 1964, al llegar a la presidencia su paisano poblano, Gustavo Díaz Ordaz, Gilberto Bosques de-

cide retirarse de sus funciones gubernamentales. No estaba dispuesto a colaborar con este mandatario, a quien parecía conocer muy bien, demasiado bien. Ya había cumplido los 72 años, de manera que fue fácil pedir su jubilación. Fue como si el infalible olfato para la *res publica* le anticipara el drama que iba a caer sobre México: La masacre de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968. Costó la vida de un gran número de estudiantes y otros ciudadanos, y fue un acto de indescriptible barbarie. México dejó de ser el país que Gilberto Bosques había intentado construir desde las primeras horas de la Revolución. Si bien continuaba escribiendo y publicando y analizando con lucidez la marcha de México y el mundo, no veía con optimismo el futuro.

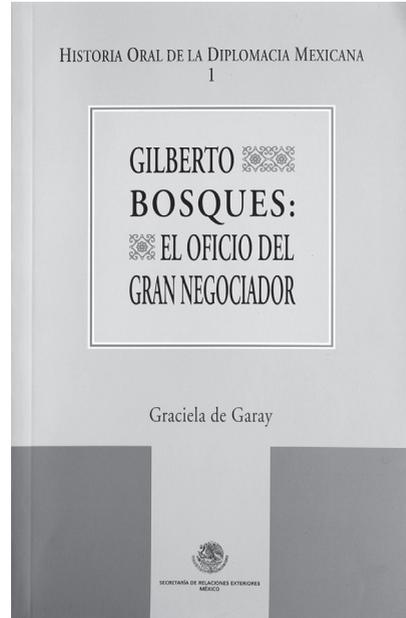
En julio de 1992, el ya centenario diplomático declara en una entrevista: “Triste, nuestro final del siglo en manos de mercaderes. Ya no hay grandes hombres”.



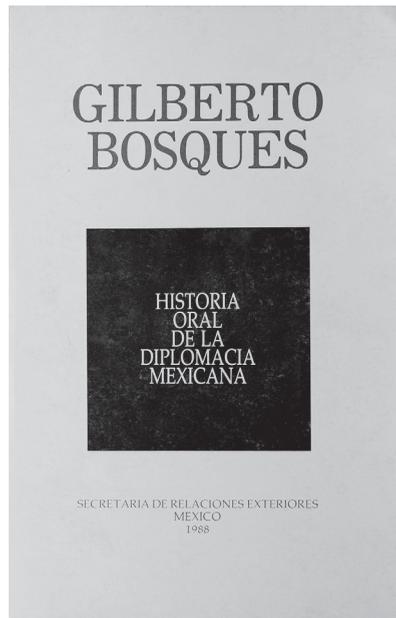
Charlotte Janka con Friedrich Katz, en el coloquio sobre el exilio de germanohablantes en México, nov. 1993. Foto. RVH



Congreso Puebla.



El oficio del Gran Negociador.



Historia ISRE.



En el velorio de GB, con Cuauhtémoc Cardenas.



Gilberto Bosques.